

ATEISMO ESPAÑOL 1967

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

¿Acaso puede amar a su hermano y no amar el amor...? Y ¿por amar al amor, ya ama también a Dios? Justamente por eso, por amar al amor ama a Dios... Porque si Dios es amor, el que ama el amor ama ya a Dios.

La regla que debemos recordar los españoles es drástica, aunque bien simple: «ama a tu hermano y estarás seguro... Forzoso es que amando al hermano ames al amor mismo, y el amor es Dios...».

El problema queda resuelto tajantemente y sin lugar a dudas: ni los píos —que agobian a Dios con sus actos de culto— ni los evadidos de la realidad —que quieren librarse del mundo— aman a Dios; porque «mientes si dices "no amo a mi hermano, pero amo a Dios"». Del mismo modo que «te engañas si piensas que amando a tu hermano no amas a Dios». ¿Por qué?: porque «Dios es el amor», y nada más, según este testigo de la tradición cristiana más auténtica.

NO es optimista —por otro lado— el panorama exterior del mundo universitario, intelectual, obrero o rural en el plano religioso.

Un día lo recordé de pasada; pero hoy quiero hablar más detenidamente de los universitarios, y en otros artículos de los demás.

Los ateos teóricos aumentan en el país, constituyendo minorías dinámicas. En mis múltiples viajes por provincias hago esta comprobación día tras día. Fenómeno nuevo, no obstante, si miramos a nuestra historia pasada.

Ni el obrero ni el estudiante, ni siquiera el intelectual, eran propiamente ateos; y si lo eran no se sabía, porque nadie —o muy pocos— lo decían.

Hoy —a pesar del ambiente exterior poco propicio a estas confesiones—, sabemos de bastantes núcleos que así se declaran. Como en este grupo de universitarios y universitarias, con los que he convivido recientemente tres días, en el que varios se manifestaron «a cero» en materia religiosa.

Dos jesuitas —los Padres Alberdi y Pintos— van a publicar un libro serio, minucioso, que estudia la encuesta de la Federación de Congregaciones Marianas Universitarias hecha en 1966-1967, y en el cual se analiza este fenómeno nuevo en España.

Es la primera encuesta religiosa científica, en el campo universitario, en la que lo primero que se ha planteado es cómo hacer las preguntas para que las resistencias inconscientes, que todos llevamos a cuestas tras siglos de nación católica, no nos impidan ser sinceros. Y en vez de preguntarse, «¿Crees que Dios existe?» —como normal e ingenuamente se hace—, se plantearon las cues- **SIGUE**

EN Bilbao acaba de celebrarse el ciclo de conferencias de mayor resonancia religiosa de estos tiempos. El tema que, bajo todos sus aspectos, fue tratado, era «el ateísmo».

Vinieron universitarios y clérigos de diversos lugares de España. Y durante una semana asistieron a las tres conferencias diarias que tuvieron lugar, y que escucharon, atenta y activamente, un promedio de 1.500 personas, que se habían inscrito a esta **Semana Internacional de Teología**.

Hablamos indistintamente seculares y clérigos que, de una manera o de otra, ejercemos una función de difusión de ideas. Vinieron teólogos del extranjero, o se leyeron sus trabajos, hablaron profesores españoles de Universidad o de Centros Eclesiásticos. Y se tuvieron interesantes y vivos coloquios donde todo el mundo pudo exponer sus ideas y dialogar sobre ellas.

Este primer ensayo ha sido fecundo, porque a todos nos ha hecho tomar más viva conciencia de nuestra realidad contemporánea, no sólo a nivel mundial, sino también entre nosotros.

Yo opino que los españoles hablamos demasiado poco de lo que más nos debería interesar; y en exceso de lo que sólo es superficie de las cosas, o en ocasiones expresión «racionalizada» de los ocultos temores que se nos inducen. Y una y otra cosa sirven sólo para oscurecer nuestra mente, incapacitando para una decisión más consciente e independiente.

Bajo este prisma habría que enfocar nuestra oculta descristianización (¿descatolización más bien?), que se presenta con abundantes y maduros brotes de ateísmo ideológico, y con muchos más de ateísmo práctico. Porque nuestro país tiene un factor de ateísmo práctico grave, preocupante, resultado de una falsa educación religioso-humana.

Es ese católico preocupado sólo por salvarse él, lanzando una especie de grito de «sálvese el que pueda» en medio del incendio de las pasiones de la vida. Educado en una hipócrita moral casuista, que medía los preceptos jurídicos con compás y metro para ver hasta dónde podía zafarse de una obligación con los demás que, sin embargo, cualquier hombre honrado se sentía llamado a cumplir.

Así, formando hombres y mujeres acostumbrados a dar codazos para abrirse paso en el camino de la vida, con el fin de obtener un puesto cómodo y seguro que nos facilitase un buen vivir aquí, y un buen morir allá, hacíamos católicos de tradición, pero no cristianos de corazón.

Y estos seres —cada vez menos humanos— se iban alejando más y más de la verdadera y auténtica representación de Dios, del Dios-Amor del cristianismo. Porque eran devotos de un Dios, amo justiciero, favorecedor de privilegiados, haciendo acepción de personas, discriminador de razas y de situaciones que se bautizaban y canonizaban con el nombre de providenciales.

El Dios-egoísmo es el que llena sus vidas, y por eso se puede decir con toda razón que son ateos; y del peor ateísmo, del que excluye de la propia vida al único Dios verdadero, que todo hombre lleva en su corazón, como una exigencia radical y profunda de entrega a los hombres para promoverlos y hacerlos progresar.

Nadie mejor testigo que San Agustín de la doctrina tan nueva —y tan actual— que vino a descubrir el cristianismo sobre Dios. El Dios de los cristianos ya no sería un Dios a descubrir entre truenos y relámpagos, un Dios en el más allá.

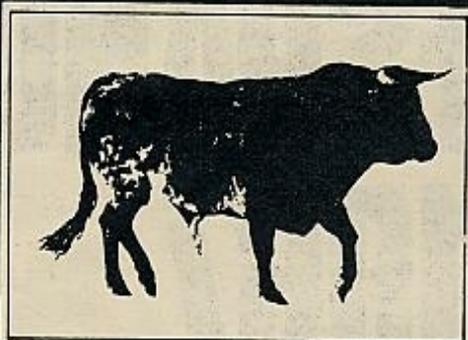
Sería el Dios que se descubre entre hombres que viven fraternalmente, el Dios de la fraternidad.

Algunos católicos timoratos se extrañarán —como si fuese novedad inaceptable— que Dios sea tan distinto de la imagen corriente que nos hacemos de El, y sólo se descubra así, y no practicando ritos y acciones directamente religiosas. Pero ¿qué queréis?, les preguntaría yo; ésa es la realidad, tan distinta de lo que se nos había enseñado en España en los colegios católicos o en los manuales de religión.

La pregunta que muchos de estos católicos se hacen se la hizo San Agustín hace quince siglos: «¿Quién ama a su hermano, ama a Dios?».

Y contestó sin eufemismos: «Sí, por fuerza ama a Dios; pues,

FELIPE II



coñac

FELIPE II

AGUSTIN BLAZQUEZ JEREZ

FELIPE II



con
los años precisos...

llón de dos diferentes formas. Primero, la pregunta fue: «¿Cuál es tu opinión sobre la necesidad de Dios para el hombre de hoy?». Así no podría ocurrir, como ha pasado en Norteamérica con muchas encuestas religiosas directas, que han salido inexactas y falseadas por ese juego subconsciente —ese superego— que censura parte de nuestras espontáneas reacciones y las introduce en lo más vivo del inconsciente, del *ello*, como diría Freud.

El resultado ha sido desalentador. Mientras el 1 por 100 solamente se atrevía a declararse ateo, el 18 por 100 no consideraba necesario Dios para todos los hombres de hoy. Señal del poco aprecio e importancia que para ellos tenía la realidad de Dios.

Pero todavía ha sido peor la contestación a la pregunta siguiente. Si juzgamos al cristianismo por la definición de Dios que da el Evangelio y el Apóstol San Juan —y que San Agustín, como hemos visto, sigue a pies juntillas—, nos quedamos pasmados de ver que solamente el 51 por 100 de los universitarios de toda España —y de las más diversas especialidades— encontraban a Dios en la única definición que da la revelación cristiana. Sólo ellos reconocen a Dios en la frase que lo define como amor: los demás eligen descripciones que para nada concuerdan con el Evangelio. Por eso otros datos o declaraciones religiosas pueden ser engañosas, ya que la idea de Dios básica se encuentra radicalmente falseada en un número importante de universitarios que se llaman católicos.

Nos encontramos así con un fuerte núcleo de estudiantes que no creen en el Dios verdadero del cristianismo, y de lo cual ellos personalmente no tienen culpa. Ante esto, nada nos debe desviar la atención, ni siquiera la, en apariencia, discreta cifra del 1 por 100 de ateos decididos y convencidos. Porque los ateos reales —que no creen en el Dios cristiano— son muchísimos más. Y por otro lado: ¿cuántos, de los que tienen una idea más consciente de Dios intelectualmente, lo viven en la práctica? Sin duda sólo una minoría es religiosa en este sentido, según estas estadísticas tan ajustadas y bien hechas.

Y sin embargo, a pesar de ir en aumento la arreligiosidad entre los estudiantes, con los años aflora también una cierta inquietud religiosa que los atrae hacia los planteamientos religiosos de los «nuevos católicos». Última que no separamos darnos cuenta de esa inquietud para expresar nosotros noble y críticamente nuestro pensamiento cristiano, sin perjuicio ni interpretaciones anticuadas que no dicen nada al hombre de hoy.

Vemos así que existen pequeños núcleos —cada vez menos pequeños sin embargo— de jóvenes arreligiosos, que se declaran ateos de una forma o de otra, y que «van penetrando —en esos ambientes— con una fuerza cada vez mayor» (informe FECUM). Y vemos también una amplia masa que se dice católica todavía, pero cuya vivencia está casi en las antípodas del cristianismo, porque las ideas básicas que sustentan intelectualmente no son las directrices ni de su vida ni de su pensar.

Otro fenómeno curioso es la poca influencia moral de las familias españolas en sus hijos universitarios.

Esta encuesta revela que el amor resuena menos entre los acomodados; y como los universitarios proceden de esas clases económicamente más privilegiadas, no es extraño que el hijo —con ese sentido de observación que tiene casi como un instinto— vea la poca efectividad en sus padres —a pesar de la mucha práctica— de los verdaderos valores humanos que el cristianismo descubrió, y que en sus progenitores están casi olvidados o relegados a segundo plano. De ahí que se separe —con reacción espontánea— de lo que es puro egoísmo religioso, salpicado de rosarios, imágenes, normas y prácticas pladosas.

¿Panorama optimista? ¿Panorama pesimista?

Si observamos la profunda lección que esto nos puede dar, tendremos que creer que esta crisis de fe existente en la juventud —como dijo monseñor Suenens en el Sínodo de Obispos— es saludable, porque echa por la borda toda esta inflación religiosa falseada, ajena a la verdadera autenticidad personal, y de la cual estamos más que hartos, aborrecidos.

Y, además, nos tendremos que plantear el más grave problema de nuestro tiempo: los ateos teóricos, ¿creen en sus vidas en el amor profundo, desprendido, universal? Entonces, ¿podemos decir que son ateos? ¿No lo son más bien quienes siguen en sus vidas —aun proclamándose creyentes— al dios del egoísmo?

Creo que, de una vez, había que plantearse con claridad las cosas.

E. M. M.



**la publicidad,
un arma política**

La publicidad hoy día no es sólo un seguro para vender, sino que se ha convertido en un arma política de trascendentes consecuencias. Esto es lo que Ignacio H. de la Mota, brillante periodista y escritor y uno de los más competentes técnicos publicitarios, expone en su libro «La publicidad, un arma política», que acaba de aparecer.

«Ignacio H. de la Mota —dice Emilio Romero en su prólogo— ha escrito este libro que pudiera ser como la última dimensión de la publicidad, que es el valor de ésta como política. Estas páginas son un alegato decidido, valeroso y, a veces, descarnado, para probar que la publicidad ha dejado atrás, rezagada y sin itinerario, a la propaganda, ha desbordado las fronteras de anuncio para incluirse en el mundo de los criterios políticos de las personas y de las organizaciones sociales.

A lo largo de 188 páginas, y en diez capítulos, el autor trata de temas tan sugestivos como la libertad de Prensa y la Publicidad; Democracia y Publicidad; la función político-social de la Publicidad; la Publicidad y el desarrollo económico y social; la Publicidad y el éxodo rural; la Publicidad y la Política fiscal; el imperialismo y la Publicidad, y el capital extranjero en la actividad publicitaria.

Se trata, en suma, de un libro de publicidad para políticos y de un libro de política para publicitarios, que por la verdad de su planteamiento y el excepcional interés de su contenido se lee sin fatiga.

**ajedrez
en mallorca**

Siguiendo la tradición inaugurada en años anteriores, se celebrará en los últimos días del presente mes y primeros del próximo, en Palma de Mallorca, el III Torneo Internacional de Ajedrez, organizado por las Federaciones Española y Balear de este deporte y por el hotel Jaime I, y patrocinado por la Asociación de la Prensa de Mallorca. En él se conceden una serie de importantes trofeos, que se disputan las más calificadas figuras del ajedrecismo mundial, reunidas durante unas semanas en la bella isla mediterránea en un ambiente de noble competición, aprovechándose las jornadas de descanso para realizar excursiones por los más pintorescos parajes de la isla.



**la dama del
paraguas**

La graciosa estatuilla, ya símbolo de la ciudad de Barcelona, parece haber adquirido vida en la imagen de Nuria Pérez Barris, elegida por un jurado «Miss Paraguas Caravell 1967». Representantes de las más diversas provincias españolas habían acudido al certamen, cuyo acto final se celebró en los salones del hotel Ritz. Nuria, que tiene diecinueve años, es de Gerona, estudia idiomas y labores y piensa casarse el año próximo. Con las 50.000 pesetas en metálico del premio instalará un moderno cuarto de baño en su nuevo hogar.

un caballo para el museo

Adquirido por el Ministerio de Educación y Ciencia ha pasado a exhibirse en la sala I del Museo de Arte Contemporáneo el cuadro que reproducimos, obra de Jesús de Perceval, fundador del movimiento indaliano. Su título es «Caballo vikingo», y figuró en la exposición de obras del artista que celebró recientemente el Ateneo de Madrid. Fue expuesto también, recientemente, en el «Musée des Augustins», de Toulouse, llamando poderosamente la atención de la crítica francesa.

